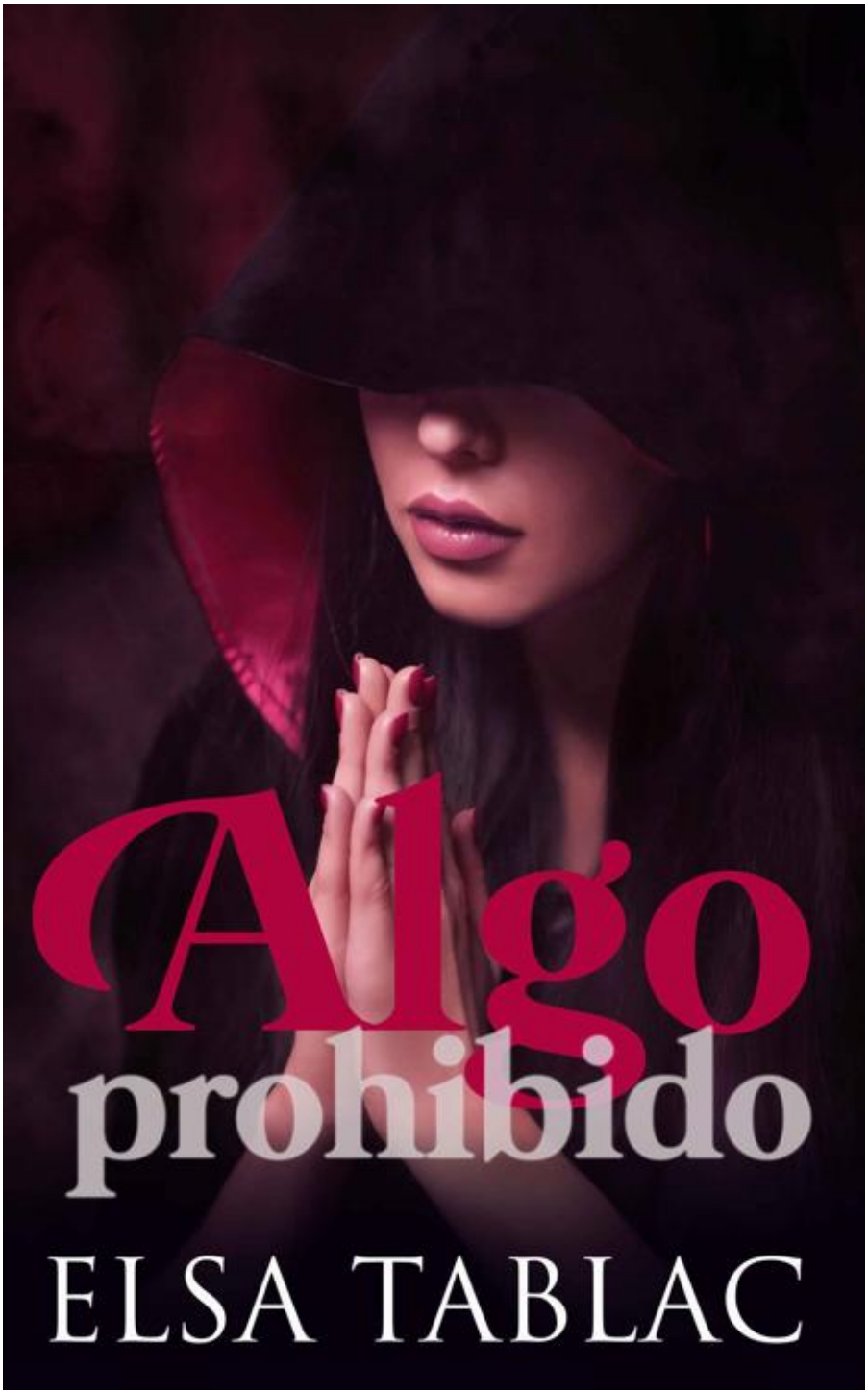
Algo
prohibido
ELSA TABLAC


Algo
prohibido
ELSA TABLAC

Contenido

Créditos
SINOPSIS
ALGO PROHIBIDO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
EPÍLOGO
NEWSLETTER
Otros títulos

ALGO PROHIBIDO

Primera edición: Marzo 2023

Copyright © Elsa Tablac, 2023

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

SINOPSIS

La novicia Ruth Wilson llegó hace seis meses al convento Hawthorne, huyendo de un pasado que quiere enterrar en esos muros de piedra.

El voto de silencio, siete días en los que deberá guardarse sus palabras, no puede llegar en peor momento. Y la presencia en Hawthorne de Cody Phoenix, el nuevo y atractivo jardinero, va a hacer que Ruth se replantee no solo su fe, sino su lugar en el mundo.

Algo prohibido

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

RUTH

Sabía que a la hermana Clarice no le gustaba nada que hiciera eso, pero aún así interpuse la rugosa tela del hábito gris entre mis rodillas y el frío suelo de piedra de la abadía. Según ella, el hábito debía caer libremente y no permanecer constreñido mientras rezábamos.

A mí no me molestaba pasar una hora al día arrodillada, al contrario que a algunas de mis compañeras. ¡No era para tanto! Pero si podía evitar el contacto directo con la piedra, mucho mejor.

Terminé mi oración matutina y me puse en pie. Después abandoné en silencio la abadía. En el convento madrugar un poco más de la cuenta tenía su recompensa.

Desde que vivía en el seno de la congregación Hawthorne, hacía poco más de seis meses, había mejorado mucho en eso. En levantarse antes del alba. Me producía una gran satisfacción y serenidad despertarme cuando el sol aún no había roto el cielo y los grillos nocturnos todavía rondaban los muros de piedra del convento.

Salí al jardín y levanté el rostro para que el sol lo calentase un poco.

Enseguida noté cómo un brazo rodeaba el mío y me arrastraba hacia uno de los senderos.

Era la novicia Wendy Sullivan.

—Estoy indignada con la hermana Clarice —susurró.

—¿Todavía? ¿Por lo del voto de silencio?

Wendy asintió.

—Sabes que solo nos lo ha asignado a nosotras dos, ¿no? Georgia y Eunice se libran.

—Por el momento —recalqué—. Aunque en realidad…¿quién sabe?

Éramos solo cuatro las novicias que habían entrado en el convento Hawthorne en los últimos dos años. Wendy sabía muy bien que Georgia y Eunice llevaban allí más tiempo que nosotras y que por tanto era muy posible que ya hubiesen tenido que cerrar la boca antes; algo que para Wendy, al parecer, era sumamente difícil.

—Le das demasiadas vueltas a eso, Wendy. Al voto de silencio —le

dije—. La verdad, no me parece para tanto.

—¡Una semana calladas! ¡Imagínatelo!

Me reí.

—Sigue sin parecerme demasiado.

Wendy resopló.

—A mi sí. Además, es anticuado.

Aquello tenía gracia.

—Wendy, pertenecer a una congregación…vivir en un convento… *es* anticuado.

Me reí. Siempre me reía con las ocurrencias de Wendy. A veces me preguntaba qué hacía allí, por qué había elegido ese retiro para el resto de sus días. Nunca me había contado su prehistoria.

—Además, creo de verdad que el voto de silencio es útil —le dije. Había hecho muy bien mis deberes y sabía de sus beneficios—. Se supone que aprenderemos a callarnos si lo que vamos a decir no tiene un propósito concreto. Y las palabras que escojamos siempre serán mucho mejores. Las valoraremos más. Y las valorarán más.

Wendy me miró con cara de circunstancias.

—No trates de vendérmelo, Ruth. *Sé* que mantener el pico cerrado durante tanto tiempo va a ser horrible. Una tortura de la Edad Media.

Continuamos paseando por el sendero, agarradas del brazo y olisqueando los rosales que se crecían con la llegada de la primavera. Atendí con poco interés la cháchara insustancial de mi compañera.

Ese fue el momento en que lo vi por primera vez, paseando acompañada de Wendy Sullivan. Lo cual era un problema, porque además de algo quejumbrosa y desvergonzada, Wendy era también muy observadora. Mientras ella seguía hablando me quedé mirando hipnotizada, mientras él podaba un rosal, a Cody Phoenix.

El nuevo jardinero del convento Hawthorne.

Ya me habían dicho que había un nuevo jardinero. Una noticia sin demasiado interés para mí, a pesar de que el jardín era uno de mis escondites favoritos; el sitio donde la hermana Clarice me buscaba cuando me necesitaba para algo. Las hermanas nunca explotaban todo su potencial porque decían que el exterior no estaba hecho para disfrutarlo debajo de un hábito. Por lo general preferían pasar su tiempo en el claustro, en las salas, o, en general, disfrutando de la temperatura fresca dentro de los muros.

Sabía también que el nuevo jardinero había empezado hacía solo seis días. Y a mí me intrigaba no haberlo visto, pues me pasaba todas mis horas libres en el exterior, en alguno de los bancos de piedra del convento, leyendo o dibujando. No solía escapárseme ni una sola de las esporádicas visitas que recibíamos.

Aquella repentina presencia masculina era para mí un poco

irritante.

Turbadora.

Y me molestó un poco que era consciente de ese sentimiento por primera vez, acompañada de Wendy, y no en soledad, como me hubiese gustado.

Cody Phoenix —aunque en un principio no sabía su nombre— era demasiado…contundente.

Para empezar era muy guapo para ser un jardinero que arreglaba los jardines de un convento. No porque fuese jardinero, sino porque aquel era un lugar demasiado recóndito, apartado del mundo, de las ciudades. El pueblo más cercano estaba a unos veinte kilómetros y la gente que residía en él, me constaba, era anodina.

En ese momento solo pensé que me intrigaba.

Solo por eso, por ser apuesto y por estar allí.

Puedo reconocer la belleza física de un hombre aunque no piense en él de forma carnal.

O al menos no pensé en él de esa forma en ese momento. Y todo cambió cuando se levantó, arrodillado como estaba junto a las flores, y se palmeó las perneras del pantalón para sacudir la tierra que lo impregnaba.

Era como si hubiese advertido nuestra presencia aunque nuestros pasos, los de Wendy y los míos, eran mudos.

Me sonrió desde la distancia.

Me permití el lujo de revisar su anatomía de arriba a abajo, por una sencilla razón: mi hábito de novicia me salva de la lujuria de los hombres, pues mis curvas no se adivinan y mi mirada se supone limpia e inocente.

Cody Phoenix avanzó hacia mí.

Conté sus pasos, no sé por qué.

Fueron siete.

Y a cada paso que daba yo era más consciente de que iba a tener problemas si aquel hombre se acercaba.

—Buenos días, hermanas —dijo, con una voz grave y profunda, de esas que deberían pertenecer a un locutor de radio confesional al que le cuentas tus intimidades de madrugada.

Tenía la piel morena y rugosa, propia de los que trabajan bajo el sol. Era alto; enorme, me atrevo a decir, con un pectoral que invitaba a refugiarse en él, cubierto con una camiseta blanca manchada de briznas de hierba. Sus brazos parecían tan fuertes y protectores como los muros de piedra en los que yo me había recluido.

Su boca ejercía un poderoso efecto sobre mí, y supongo que eso es lo que me turbaba y me escandalizaba. Los ojos eran de un color verde esmeralda que me atravesaba.

Me hice más pequeña dentro de mi hábito de aprendiza.

—¡Oh! No somos hermanas —dijo de repente la voz que me acompañaba en mi paseo, la de Wendy Sullivan.

Su frente se arrugó. Era expresivo. Su cara se había convertido en un interrogante allí mismo, en ese instante.

—¿Cómo?

—Somos novicias. No somos monjas aún. Por tanto no somos *hermanas*.

Así consideraba Wendy oportuno aclarar nuestra condición ante uno de los trabajadores del convento. Su tono de voz era redicho y condescendiente, como si por el hecho de arreglar nuestras flores tuviese que conocer nuestra estructura jerárquica.

Y sin embargo, fue como si esas palabras activasen algo en la mente del jardinero.

—Oh. De acuerdo. Soy Cody Phoenix —extendió su mano—. Soy el nuevo jardinero. Vendré por aquí tres días a la semana. Lunes, miércoles y viernes.

Wendy y yo nos quedamos mirando su mano, enorme y áspera. Estaba deseando aferrarme a ella. Pero la mirada de desconfianza de mi compañera hizo que Cody la retirase enseguida.

—Perdón —dijo—. He estado trabajando la tierra.

Se estaba excusando y no hacía falta, pues su mano estaba completamente limpia. Pero parecía un tipo listo y se había dado cuenta de que tal vez no era lo más correcto establecer contacto físico —de cualquier tipo— con una monja.

Porque estaba claro que así nos veía él, que así me veía.

Estaba ya siendo una ilusa, porque creí, producto tal vez de todas esas novelas de fantasía que leía medio a escondidas en los rincones de aquel jardín, que Cody Phoenix me miraba sobre todo a mí. Que era yo y no la bocazas de Wendy quien había robado su interés, aunque fuese muy momentáneo.

Y no había nada en ese momento que yo ansiara más que ese interés.

CAPÍTULO 2

CODY

Supongo que trabajar en un espacio donde los milagros están presentes comporta este tipo de cosas, y yo no puedo más que estar agradecido.

Los milagros y los ángeles.

Agradecido y horrorizado porque en ese momento fui consciente de que estaba ante un arma de doble filo. Como un instrumento de placer y tortura. Así veía la imponente figura que apareció ante mí.

No me dijo su nombre. Supongo que eso fue lo que me perturbó y el germen de mi posterior obsesión. Tal vez no lo hizo en un primer momento porque estaba su compañera delante. Tampoco me ofreció su mano, pequeña y blanca, y un instante después lo agradecí, pues no quería impregnarla de tierra y de feromonas bajo ningún concepto.

En ese instante oímos una voz entre los arbustos.

—¡Wendy Sullivan!

Una monja algo mayor, grande y con expresión severa, nos vigilaba a unos metros de distancia.

La joven novicia se giró, buscando el orígen de aquella voz que ya sonaba a orden.

—Reúnete conmigo en la abadía, por favor. En cinco minutos.

—Sí, hermana Clarice —contestó, solícita.

Después se giró hacia el ángel que la acompañaba. La joven del hábito gris sobre lo que yo ya había decidido, si se me permite esta insolencia, que sería mi favorita los tres días de la semana que visitase el convento.

Lunes, miércoles, viernes.

Qué demonios, sería mi favorita todos y cada uno de los días que me quedasen sobre esta Tierra.

—He de ir a ver qué quiere —dijo la novicia interpelada, excusándose.

Necesitaba averiguar su nombre.

Y su edad.

Y luego tenía que irme a casa y lavarme a conciencia para retirar la tierra y los solemnes pensamientos que ya se cernían sobre mí con

respecto a aquella deliciosa fruta prohibida.

La joven novicia se quedó sola delante de mí, sin su avispada compañera.

Observé cómo miraba inquieta a su alrededor, buscando testigos de nuestra innegable atracción, o tal vez una vía inmediata de escape.

—No me gustaría que te fueras tú también sin decirme tu nombre —le dije entonces.

Hablaba mi deseo y mi inquietud.

Me miró con sus grandes ojos oscuros. Los abrió un poco más. Sus pupilas crecían.

—Ruth. Ruth Weston.

Sonreí.

—Creía que las monjas dejaban atrás sus apellidos.

Miró al suelo en cuanto notó el rubor ascendiendo por su cuello en dirección a sus mejillas.

Ruth.

Qué nombre tan perfecto.

Y entendí enseguida en qué radicaba el misterio de aquella chica.

Estaba oculto exactamente en las formas que no podía ver, en el cuerpo bajo aquel hábito gris que jamás le haría justicia.

—No debería estar aquí —susurró.

—¿Aquí? ¿En el jardín?

Se mordió el labio, y puede que ese gesto fuera el disparador de mi perdición.

—Aquí. Hablando con…

—¿Con el jardinero?

Negó con la cabeza.

—Con un hombre.

—¿Te gustan las rosas? —pregunté.

Necesitaba que aquella chica se relajase en mi presencia. De inmediato. De lo contrario me arriesgaba a que se marchase de allí corriendo y me evitara exactamente en los días que yo le había detallado.

—Sí. Me encantan desde que…

Levantó de nuevo la mirada. Adivinaba una melena de color negro azabache debajo del escapulario. Era un color insolente, nunca imaginaría a alguien con semejante melena a punto de casarse con Dios.

La amenaza de la risa se manifestó en ese instante. *Casarse con Dios.* Aquella chica no se casaría con nadie más que conmigo. Y ya era consciente de la empresa titánica que tenía delante; pero con aquella conversación minimalista en la que eran nuestros ojos los que se decían todo, mi mente tenía tiempo para asimilar el reto.

—Desde cuándo.

—Mi tía tenía una panadería en la aldea. Un día entró una mujer forastera. Muy elegante. Era alguien inesperado e insólito, porque estaba claro que no era una turista. No era alguien que estuviese de excursión. Supe que había venido para cumplir una especie de misión de la que jamás sabríamos nada. Lo único que dijo es que ansiaba una tarta de manzana. Olía a rosas. Intensamente. A rosa fúnebre. En cuanto desapareció por la puerta salí corriendo para seguirla, pero al doblar la esquina ya no estaba allí. Su olor a rosas permaneció en la panadería durante días.

La observé perplejo. ¿Cómo Ruth podía pasar de retener las palabras a contar semejante historia de su pasado?

En uno de los bolsillos de su hábito asomaba un libro.

—Ya veo. ¿Te gusta leer?

—Sí, pero suelo leer a escondidas. La hermana Clarice ya me ha pasado suficiente lectura obligatoria.

—¿Me acompañas un momento al estanque? —le pregunté—. Debo arreglar los nenúfares.

Ruth miró a izquierda y derecha, y después asintió.

—Me temo que la hermana Clarice me llamará en breve a mí también.

Aún así nos internamos en el impresionante jardín del convento Hawthorne. Era uno de los terrenos más espectaculares en los que me había tocado trabajar. En cuanto puse un pie allí pensé que tenía que agradecerle a Sam Daniels que me hubiese destinado a aquel lugar. Quién me iba a decir que encontraría allí a alguien como Ruth.

La novicia Ruth Wilson.

Revisé los nenúfares del estanque mientras ella me observaba.

—Lo que te he contado antes…no es del todo cierto —dijo.

—El qué, exactamente.

—Lo de la forastera y la panadería. Es solo algo que leí en esta novela, hace un rato. Antes de ir a rezar a la abadía. Es decir, mi tía sí era la panadera de la aldea.

Sacó el libro del bolsillo. Lo suficiente para que pudiese ver el título. Parecía una novela de fantasía.

—Yo todavía leo cómics de superhéroes—contesté.

Ruth levantó la vista y miró hacia las paredes del convento, inquieta.

—La hermana Clarice podría estar buscándome —susurró de nuevo.

Di un paso hacia ella.

Quería observar su lenguaje corporal. Si daba un paso atrás ante mí proximidad. Si sus ojos se entornaban. Si sus labios se humedecían lo más mínimo. Algo me decía que aquella chica, por muy pre monja que fuese, si es que existía tal expresión, se sentía atraída por mí.

—¿Puedo preguntarte algo? —dije, sobre todo afirmando, pretendiendo ganar unos segundos preciosos a su lado.

—Claro.

—¿Qué te trajo aquí? A Hawthorne. ¿Por qué quieres pertenecer a esa congregación?

Ruth respiró hondo.

Era demasiado inocente y demasiado dulce, y la forma en que curvó sus labios mientras articulaba una respuesta que me pudiera servir estuvo a punto de hacer que clavase las rodillas allí mismo, delante de ella.

—Aquí estoy segura —fue toda su respuesta.

¿En serio? ¿Eso era todo? Yo podría ofrecerle toda la seguridad que ella desease. Pero no podía decírselo. Debía ganarme ese derecho.

—Pero…es un gran compromiso —le dije—. Tus votos, me refiero.

Levantó la mirada y la fijó de nuevo en la mía. Decidí en ese instante que no iba a jugar al gato y al ratón con aquella mujer. Iba a lanzarme a por lo que deseaba.

—Aún no he tomado mis votos —dijo.

—Eso es un alivio. Dime una cosa, Ruth, ¿eso significa que podrías retirarte ahora mismo, si quisieras?

—¿Retirarme?

—De la vida monástica. Despojarte de ese hábito.

No me atreví a tocar aquel sayo rugoso y gris que no le hacía justicia. Probablemente porque me habrían entrado ganas de arrancárselo.

Dios mío, ¿qué me estaba pasando?

Recapacita. Piensa un instante. Olvida todo este olor a vegetación y a dulces. Lo que te está pasando, Cody Phoenix, es que no la puedes tener, me dije. *Por eso la deseas.*

Di un pequeño paso atrás y ella ladeó la cabeza.

Esta obsesión repentina. Nada que no se solucionase con unas pintas de cerveza en la taberna, mientras veía un partido de hockey con los muchachos.

Y entonces ella deslizó ese resquicio de esperanza milimétrica; la justa para que no la pudiese olvidar esa noche, ni en todos los minutos que faltasen hasta nuestro siguiente encuentro, en aquel jardín, debajo de esas paredes con huecos indiscretos desde las que algunos ojos ya nos observaban.

—Tal vez —dijo Ruth.

—¿Tal vez?

—Hasta que no pronuncie mis votos todo esto es solo un proyecto. Un sitio al que he llegado por inercia pero al que siento que pertenezco.

Me llevé las manos a la nuca y caminé en círculos junto al estanque.

—En ese caso, ¿cómo preguntarte esto, Ruth? ¿Podría…llevarte algún día a comer algo? Creo que sería divertido.

Tal vez su manera de escapar eran esas novelas de espada y brujería que parecía leer cuando estaba sola; y yo podría proporcionarle una vía de escape mucho más real.

Más terrenal.

¿Qué clase de herida había debajo de ese hábito?

Me miró de nuevo. No podía leer su mente, aunque se comunicase con la mirada.

—Eso suena a cita —dijo precavida, en un tono de voz mucho más bajo—. Y lógicamente no puedo tener citas.

Respiré hondo. *¿En qué estás pensando, Cody Phoenix? Si solo ves un rostro perfecto que flota en un mar de tela gris.*

—Lo sé. Pensé que sería divertido. Que tal vez podíais salir de aquí de vez en cuando…

Aquello le resultó gracioso. Ruth soltó una tímida carcajada.

—No estoy aquí retenida, Cody.

Esa fue la primera vez que pronunció mi nombre, y me alegré infinito de que lo hubiese recordado.

—Oh, me alegro.

—Lo que quiero decir es que puedo salir de aquí más o menos cuando quiera. Porque aún no soy una monja. No permanezco en reclusión. Es solo que me temo que lo que propones…no es apropiado.

—Lo entiendo. Solo era una idea. No te preocupes, yo…

—Pero podemos vernos aquí —resolvió ella rápidamente.

—¿Aquí?

—Sí. Aquí. Los días que vengas. Junto al estanque. Tal vez no es lo mismo, pero…podríamos conversar un rato.

La voz de Ruth se interrumpió. Estaba midiendo sus palabras, era evidente.

En ese momento, la sombra que había junto a una de las ventanas rectangulares del convento Hawthorne se reveló, convirtiéndose en un rostro ajado y severo. Solo era eso, una cara en mitad de la piedra.

La de la hermana Clarice.

Entonces abrió la ventana y llamó a Ruth con una mirada que transformó en una correa.

—Debo irme —dijo Ruth.

Y no se despidió.

Y no concretamos cuándo sería nuestro siguiente encuentro.

CAPÍTULO 3

RUTH

Esa mañana estaba inquieta. Era miércoles y sabía muy bien que si me apuraba vería a Cody Phoenix de nuevo, regando las lilas y las rosas. Me preocupaba mi repentino interés en él, en un HOMBRE, pero lo verdaderamente inquietante era que estaba más nerviosa aún porque no podría abrir la boca.

No podría confesarle a Cody ni a nadie que llevaba dos noches pensando en él, en la soledad de mi dormitorio, tal vez no de la forma más decorosa.

Por orden expresa de la hermana Clarice, nuestra práctica de silencio se había adelantado seis días. Wendy y yo teníamos por tanto que permanecer calladas y lo que en un principio esperaba ansiosa, la experiencia de no usar palabras vacías, me daba vértigo y no podía llegar en el peor momento.

La noche anterior, justo antes de las diez, Wendy había ido a verme a mi habitación. Estaba molesta.

—Creo que la hermana Clarice te vio hablando con el nuevo jardinero. Más rato de lo normal. Y eso ha hecho que adelante nuestra semana de silencio.

Se me escapó la risa. Wendy podía ser muy dramática cuando quería.

—No digas tonterías. A mí también me reunió en su despacho, justo después de ti. No me dijo nada de Cody. No me dio explicaciones sobre por qué había adelantado nuestro voto de silencio. Y tampoco se las pedí. Yo también creía que sería la próxima semana.

Wendy arqueó una ceja.

—¿Cody? ¿Ahora lo llamas por su nombre de pila?

Me encogí de hombros.

No entendía aquella mirada de Wendy. La ignoré.

—Da igual —dije—. Ya no podré hablar con él.

—No seas dramática. Solo es una semana. Y de todas formas, ¿tan interesante es?

—No es eso…

En ese momento me di cuenta de que no podía seguir hablándole de Cody a Wendy. Era arriesgado e intuía el motivo, pero aún no estaba lista para reconocerlo. A ese respecto, me iba a venir muy bien tener que estar callada. Y en ese momento, la noche anterior a la debacle, Wendy puso en mi mano una pequeña libreta y un bolígrafo que había usurpado del escritorio de la hermana Bertha.

—Yo he conseguido otra —anunció—. Es por si necesitas desesperadamente decirme algo. Puedes pasarme una nota manuscrita.

—¿Eso no es…trampa?

—Mira, Ruth. Ni idea. Yo solo sé que tengo que cerrar el pico.

Wendy se despidió y regresó a su habitación, sin decir ni una palabra más sobre Cody, cosa que agradecí. Entendí que no podía decirle nada sobre nuestra "cita", aunque ya había decidido que no podía llamarlo "cita" bajo ningún concepto. Además, ya no sabía en qué contexto se iba a producir ni qué pensaría él, pues solo iba a poder observarlo y escucharlo.

No podía hablar con el jardinero en nuestro segundo encuentro.

Probablemente me ganaría una reprimenda de la hermana Clarice si me veía de nuevo en su compañía, "molestándolo en sus horas de trabajo", por mucho que mantuviese la boca cerrada.

Y sin embargo, esa noche decidí que nada me iba a apartar de mi determinación, de lo que sabía que ya me atormentaba, y que no era otra cosa que estar a su lado mientras arreglaba nuestras flores.

Esa mañana me levanté feliz aunque no hubiese amanecido todavía, pues sabía que lo vería. Sobre la mesita de noche estaba el cuaderno que Wendy me había traído y en el que yo había dibujado, en la primera página, un dedo índice cayendo sobre unos labios cerrados; por si al despertar se me olvidaba que había comenzado mi voto de silencio. Algo así no se me hubiese olvidado, y además estaba la hermana Clarice para recordármelo con su sola presencia en el rezo matutino, pero aún así me había esmerado con el dibujo.

Fui al baño para asearme, y ahí fue cuando la serenidad habitual desapareció de un plumazo y sentí una extraña congoja; como si estuviera en el lugar equivocado.

Como si el convento Hawthorne no fuera mi hogar.

Recordé el sueño.

El sueño que había tenido en esa misma noche de silencio y del que no fui consciente nada más despertar. Había sido un sueño de esos… prohibidos. De los que provocan un agradable calor entre las piernas. En él Cody me pedía que lo acompañase al cobertizo donde se guardan las herramientas del jardín. Recuerdo incluso el olor de aquel lugar. A hierba y a madera.

Estábamos solos allí dentro, en la penumbra, y él me confesaba que

trataba de adivinar cómo eran mis formas de mujer debajo del hábito, en cómo se sentía el tacto de mi piel bajo sus manos ásperas.

No era lo que decía. Era cómo me lo decía. Susurrando junto a mi oído y provocando que un líquido viscoso y desconocido se deslizase entre mis piernas y multiplicase mi temperatura.

Fui al baño y me lavé a conciencia, y comprobé que aquella humedad seguía instalada entre mis piernas y que era un residuo muy real del sueño.

Respiré hondo y agradecí a Dios no tener que expresar con palabras lo que había sucedido en ese sueño, lo que había pensado al recordarlo y lo mucho que deseaba que se trasladase a la realidad.

Guardé la libreta y el bolígrafo en el bolsillo de mi hábito y acudí a la abadía a rezar.

Sobre las once ya había cumplido con todos mis quehaceres y observé complacida cómo la hermana Clarice se marchaba a la cocina a supervisar la reunión previa a la preparación de los dulces de Cuaresma de ese año.

Wendy tampoco estaba a la vista. La había visto de pasada durante el desayuno, y en la fila de la bendición en la abadía, pero ya me había dejado muy claro la noche anterior que iba a pasar la semana de silencio *a duras penas*, intentando interactuar lo más mínimo. *Refugiada y recogida.*

Eso me dejaba más o menos vía libre para campar a mis anchas por los jardines y localizar a Cody.

Di un par de vueltas por el exterior, nerviosa, recordando nuevos y perturbadores detalles del sueño calenturiento que me había invadido durante la noche. *Sabía* que ya estaba sumida en el pecado —ya me encargaría después de redimirme de todo eso— y que por tanto podía dar un paso más, un pequeño paso, tal vez sumergir los dedos del pie en aquel estanque peligroso, de consecuencias imprevisibles, ya que estaba empezando a comprender que iba a ser muy difícil resistirme a mi deseo; algo insólito hasta ese momento.

Mejor que suceda ahora que dentro de seis meses, me dije, *cuando ya seas una monja y estés plenamente comprometida en tu unión con Dios y con las leyes de Hawthorne*.

Y así me concedía estas pequeñas libertades de pensamiento que, creía, ya había empezado a expiar con mi voto de silencio.

Noté cómo un dedo caía sobre mi hombro. Me giré y me encontré con Cody Phoenix, en toda su magnitud. Probablemente llevaba un rato trabajando, había rastros de vegetación en su ropa y en sus manos, que se limpió en los bolsillos traseros de su pantalón de trabajo.

—No sabes cuánto me alegro de verte, Ruth —me dijo, exhibiendo su inmaculada sonrisa—. Por un momento pensé que no vendrías.

Me llevé el dedo índice a los labios, indicándole que tendría que permanecer en silencio.

Él reaccionó mirando a nuestro alrededor.

—¿Alguien nos está escuchando? —preguntó, alarmado.

Negué con la cabeza.

Tenía la libreta en el bolsillo, pero preferí continuar con las indicaciones en silencio. Tenían algo de juego y de rompecabezas, y quería averiguar hasta qué punto el jardinero me entendía si solo empleaba mis gestos y mi mirada.

¿Estaba quebrantado mi voto semanal?

No lo sé.

Seguramente, sí.

—¿No puedes hablar?

—Oh, vaya. ¿Un voto de silencio?

Asentí.

—Un voto de silencio repentino.

Exacto.

Pero lejos de percibir la desesperanza en Cody Phoenix, supongo que él vio, cómo yo, una oportunidad. Tal vez nuestra única oportunidad.

—Ven conmigo —me dijo.

Me cogió la mano y me llevó con él, a través de los senderos que penetraban en la parte más oscura del jardín, la que llamábamos *el bosque,* pues los árboles eran tan abundantes y frondosos que apenas dejaban pasar la luz del día.

CAPÍTULO 4

CODY

¿Qué estás haciendo?

No lo sabía, no pensaba. Solo actuaba persiguiendo mi deseo, mi voluntad de estar completamente a solas con Ruth, porque aquel estanque ya no era suficiente.

E impedir que siguiese pronunciando votos. Evitar a toda costa que se convirtiese oficialmente en monja.

El hecho de que no pudiese hablar no me facilitaba las cosas. Necesitaba un *sí* rotundo, un resquicio que me permitiese demostrarle que yo iba a poderle ofrecer toda la protección que necesitase en esta vida. Y todo el amor que fuese capaz de recibir.

Esto era demencial hasta para mí, pero no había podido apartar a Ruth de mi cabeza ni un solo segundo desde que la vi.

Había contado las horas que faltaban para que nos volviésemos a encontrar y un voto de silencio no iba a entorpecer mis planes.

Ya conocía al dedillo aquel gigantesco jardín y había ubicado a la perfección todos y cada uno de los rincones en los que nadie nos encontraría.

Estudié la fuerza con la que su pequeña mano se agarraba a mis dedos. Era compatible con el interés por mí que le suponía. No sé si *interés* es la palabra correcta. Al menos curiosidad.

Llegamos hasta un pequeño claro.

—Aquí estamos apartados del mundo. Pero no tenemos todo el tiempo, Ruth.

Ella asintió.

—No sé si estar aquí conmigo, comunicarte con tu mirada o con tus gestos, te puede meter en problemas.

Asintió de nuevo.

Lógico.

—Está bien. Hablaré yo, y puedes detenerme y marcharte en cualquier momento si lo que te digo te incomoda. ¿Me entiendes, Ruth?

Inclinó el rostro. Tenía la mano izquierda enterrada en uno de los bolsillos del hábito, como si agarrase algo con fuerza. Por un momento

pensé que tal vez era un rosario, que aquella chica se aferraba a la fe y yo no tenía derecho a hacer lo que tanto deseaba, sobre todo en un día en el que ella no podía expresarse con plena libertad.

Aún así, se lo dije:

—No he dejado de pensar en ti ni un minuto desde que nos separamos hace dos días. Estaba deseando volver a verte, Ruth. Y besarte.

Esperé su reacción.

Que saliera corriendo.

O peor, que estrellase su delicada mano en mi mejilla.

Pero no lo hizo. Me miró con más intensidad aún, y pensé que si estaba ya haciendo trizas su voto de silencio bien podría pronunciar una palabra que me diese un poco de seguridad, que me diese a entender que no estaba quedando como un completo imbécil.

Y entonces Ruth se puso de puntillas y acercó sus labios a los míos.

Me besó aunque temblase.

Fue un beso casto e intenso que me dijo todo lo que quería saber.

Mis manos se desplazaron automáticamente hacia sus caderas, o donde creía que estaban exactamente sus caderas bajo el hábito.

Entreabrí los labios, rezando para que ella me imitase, para que me dejase explorar aquel manjar prohibido con mi lengua.

Y lo hizo.

Busqué su humedad con avidez, recreándome en aquel beso perfecto y secreto. Nadie nos había visto, pero no íbamos a poder extenderlo eternamente. Atraje aún más su cuerpo pequeño hacia el mío y la estreché, aunque sabía que estaba yendo un paso más allá, tal vez dos, de lo que llevaba dos larguísimos días maquinando.

—Ruth. Eres perfecta, pero…quiero verte.

Deslicé dos dedos debajo del trozo de tela blanca que le cubría el pelo, y acaricié como pude su melena oscura, la misma que apenas podía entrever. Ruth dejó escapar un pequeño suspiro. Estaba aprendiendo a interpretar cada uno de sus gestos a marchas forzadas.

Aquella chica ocultaba algo. Había algo en su pasado que era tan destructor que la había empujado a un sitio al que claramente no pertenecía.

Intenté deslizar aquel escapulario, dejar libre su melena, pero ella misma me detuvo. Me lanzó una mirada asustadiza.

—No. No. Tranquila. Estoy yendo demasiado rápido. Perdóname, Ruth. Tengo todo el tiempo del mundo para ti.

Se mordió el labio.

No, definitivamente aquella chica no era una monja, y nunca lo sería. Tenía que ser mi esposa. No podía imaginar que las cosas fueran de otra forma. Tenía que enfriar un poco aquel momento.

—Ya que no puedes hablar hoy, Ruth, te contaré yo algunas cosas

sobre mí. ¿Te parece bien?

Asintió.

—Dime una cosa…

Se rio.

—Oh, ya… bueno. No me lo dirás. ¿Cuánto durará tu voto de silencio?

Me mostró siete dedos.

Siete larguísimos días sin oír su voz.

Sin saber con exactitud qué estaba pasando por su mente.

Y entonces hablé. Le conté sobre mi casa en Hampton Village, de cómo había construido yo mismo la mayoría de los muebles. Le hablé de mis mejores amigos, Ted y Elijah. De mi propio jardín.

Entendí que estaba interesada en esas pequeñas anécdotas, pues Ruth continuaba paseando a mi lado. Le dejé claro que debía marcharse cuando considerase que nuestro tiempo había tocado a su fin.

Y no lo hizo.

Me acompañó mientras emparejaba unos arbustos. Finalmente, y con una distancia ya prudencial entre nosotros, caminamos en dirección al estanque en el que nos habíamos encontrado.

Fue entonces cuando Ruth se detuvo y señaló el cobertizo. Me hizo un gesto para que la acompañara.

La seguí hasta la pequeña cabaña de madera junto al muro sur del convento. Solo había entrado allí una vez, para examinar los utensilios de jardinería que había dejado allí mi predecesor. No había vuelto porque me manejaba mejor con mis propias herramientas.

Había una ventana redonda excavada en la madera que dejaba pasar la luz mínima para poder ver lo que había en las rudimentarias estanterías.

—¿Necesitas algo de aquí? —le pregunté a Ruth.

Me di cuenta de que me ponía algo nervioso estar con ella en un espacio tan mínimo, tan polvoriento. Pero no parecía que a Ruth le importase demasiado ensuciar aquel hábito de novicia.

Negó con la cabeza. No. No necesitaba nada. De repente el aire era casi irrespirable y hacía más calor de lo normal. Me acerqué a la ventana y la abrí unos centímetros. No fue fácil, estaba algo oxidada.

Entonces Ruth se acercó a mí, rodeando mi espalda con sus brazos.

No necesitaba sus palabras para saber que aquella chica necesitaba mi propio calor.

Me giré y la acogí en mi pecho.

—Ruth…es muy complicado para mí no satisfacer mi deseo. Y no darte lo que creo que necesitas en este momento. Pero no puedo hacerlo si no tengo una señal clara de qué es lo que quieres

exactamente.

Ruth se dio la vuelta, apoyando su espalda contra mi pecho. Y en ese momento cogió mi mano y la llevó hasta su centro, por encima de la larga y pesada falda gris. Contuve el aliento. No podía creer que aquello estuviese pasando. Se había desatado un fuego capaz de prender toda esa madera y yo estaba destinado a apagarlo.

—Ruth…— murmuré su nombre en su oído, rogándole respuestas.

Me pregunté si Dios me perdonaría alguna vez que estuviese a punto de arrebatarle a una de sus siervas.

Ruth agarró los faldones del hábito con la mano que quedaba libre y los levantó, dejándome vía libre para alcanzar sus muslos blancos y suaves. Desde mi posición, rodeándola con los brazos, no podía ver su ropa interior y eso era casi una segunda tortura.

Su mano guió a la mía hasta que aterrizó en su centro. Palpé con mucho cuidado sus pliegues sobre la ropa interior. Me sorprendió una repentina humedad que traspasó la tela, calando también entre mis dedos. Y entonces, mi perdición y la total aceptación de la debacle. No iba a poder resistirme a aquello, aunque hubiese pensado que unos inocentes besos entre los árboles iban a ser perdonables y redimibles.

Las caderas de Ruth ya se estaban agitando sobre las mías. Entendí lo que quería. *Apaga ese fuego*. Ruth perseguía, sin poder verbalizarlo, el contacto, la fricción de mis dedos sobre su clítoris. Y yo estaba allí, en aquella cabaña asfixiante, para darle exactamente lo que quería.

Empecé a masturbar a la novicia.

Su respiración acelerada y sus tímidos gemidos eran mi brújula.

Perdí la noción del tiempo, solo estaba concentrado en todas sus reacciones. Entendí también que no me mirase mientras hacíamos aquello. Ignoré también mi rampante erección. No iba a hacer nada más con Ruth en aquel cobertizo. No iba a reclamarla, a entrar en sus más profundos dominios en un lugar como aquel, por mucho que mi instinto se desbordase. Ruth se merecía más, mucho más. Una cama balinesa. Sábanas propias de la realeza europea.

Sus movimientos de cadera se aceleraron. Me pregunté si yo le iba a proporcionar su primer orgasmo y supe que eso era algo presuntuoso, por mucho que me gustase creer que sí. El primero de muchos.

Ruth se agitó entre mis brazos. Dobló su espalda, concentrándose en la oleada de placer que la desbordó. Conseguí mantener mis dedos sobre su ropa interior empapada en lugar de hacer lo que tanto ansiaba, deslizarlos por debajo, buscar su dulce coño y tantearlo, averiguar si era exactamente como me imaginaba.

Exhaló un último suspiro. Se giró en mis brazos y fue entonces cuando vi sus mejillas encendidas, satisfecha. Dejó escapar el aire, y con él una sola palabra:

—Cody.

CAPÍTULO 5

RUTH

Lo que pasó en el cobertizo.

Retiré la falda del hábito de debajo de mis rodillas y sentí la piedra fría e irregular de la abadía flagelándolas. Ansiaba un pequeño castigo, una tortura diminuta que me ayudase un poco a expiar mi culpa.

Pero no era una culpa tan sobredimensionada como la que temí cuando salí corriendo del cobertizo, horrorizada y alterada por lo que había experimentado bajo las manos prodigiosas del jardinero.

Lo peor era que me sentía bien. Estaba bien. Y quería más.

Era martes. Y eso significaba que no vería a Cody hasta el día siguiente y que tenía un día para respirar. Para pensar y para *resetear* mi silencio. Volver a la casilla de salida, como si hubiese la posibilidad de dar marcha atrás y que Dios perdonase lo sucedido.

No.

Esa no era una posibilidad.

Así que lo me quedaba era entender por fin que aquel no era mi camino. Que mi sitio estaba fuera, en el exterior, y que no podría conservar mi castidad mientras existiese un hombre como Cody Phoenix sobre la faz de la Tierra. Iba a aprovechar hasta el último segundo de aquel silencio, que vi entonces como el mejor de los regalos, para reflexionar. Para determinar el momento exacto en que debía ir a ver a la hermana Clarice y a la Madre Superiora y decirles que no iba a tomar los votos.

Que no iba a poder continuar mucho tiempo más en Hawthorne.

Al menos eso ya estaba claro, y me sentí aliviada al tomar esa decisión, por la noche, cuando apagué la luz y se me vino el mundo encima y lloré —en el más completo de los silencios.

Observé la silueta recortada de la Madre Superiora mientras dirigía el rezo matutino. Solo había hablado con ella en dos ocasiones. Me infundaba respeto, solemnidad, y una moderada dosis de terror.

Cuando estaba a punto de acabar la oración, noté cómo alguien tiraba de mi bolsillo.

Me giré. Era Wendy, sentada en el banco de atrás. Señaló mi falda.

Por el bolsillo asomaba un trozo de papel blanco que, imaginé, ella acababa de introducir.

Leí la nota de Wendy con disimulo. Decía así:

Ayer por la tarde la hermana Clarice me pidió que acudiese a su despacho. Una vez allí me preguntó qué hacías revoloteando junto al jardinero, habiendo empezado ya nuestro voto de silencio. Lo más fuerte de todo fue cuando le recordé, mediante gestos, que me había llamado a su despacho precisamente en un día en el que yo tampoco podía hablar…

La nota terminaba ahí. Era, por tanto, poco resolutiva. Lo tomé como una advertencia de mi compañera, pero intuía al mismo tiempo que no podía confiar al cien por cien en Wendy, y desde luego no podía contarle ni una palabra sobre el beso y mucho menos sobre lo que pasó en el cobertizo de las herramientas.

Me puse en pie, acusando el escozor en mis rodillas.

Decidí que esa mañana no podía disfrutar de mi tiempo libre en el mismo espacio en el que me había dejado llevar con Cody.

No había pegado ojo, esa era la verdad.

Cuando sonó la campana que nos advertía de que había que acudir al rezo, a las seis menos diez de la mañana, agradecí no tener que seguir dando vueltas en aquella cama que ya se me hacía demasiado grande y vacía.

Había intentado experimentar lo que Cody me provocó, solo usando sus dedos. Lo hice con los míos, pero la sensación no fue la misma. Sentía que eso ya no era suficiente, que necesitaba volver a verlo y entregarme a él por completo; y que esa sería mi prueba de amor, para con él y para conmigo misma, de que debía planificar ya mi salida de Hawthorne.

Había un motivo por el que me había refugiado entre sus muros hacía poco más de medio año. Algo que no le había contado a nadie, ni siquiera a Wendy o a la hermana Clarice.

Allí estaba a salvo del *monstruo*.

El panadero. El segundo marido de mi tía, la mujer que me adoptó, que me acogió en su casa cuando mi madre falleció. Y la misma que, desgraciadamente, me abandonó a mi suerte cuando aquel hombre fue a vivir con ella.

Al principio solo fueron unos roces, una mano distraída acariciando mi rodilla. En el momento en que esa mano subió hacia mi muslo y mi tía me miró con cara de circunstancias cuando se lo conté, supe que tenía que desaparecer; y la vida monástica de Hawthorne, un edificio que siempre me había parecido impenetrable y misterioso, fue el sitio en el que decidí refugiarme.

No fue muy difícil adoptar mi nuevo nombre, Ruth Wilson, y convencer a la hermana Clarice de que aquella era mi vocación. No estamos en unos tiempos en los que abunden las jóvenes que quieren ingresar en un convento y ordenarse monjas. Fui bien recibida por la congregación. Necesitaban novicias y yo sabía que allí estaría tranquila y podría, tal vez, reconstruir mi confianza.

Y por otra parte ese, el convento Hawthorne, era el último lugar en el que alguien me buscaría.

Todo iba bien, mi conciencia hizo un trabajo soberbio de convencerse a sí misma de que la vida de recogimiento y reflexión era completamente acorde con mi personalidad introvertida y mi confianza quebrada.

Hasta que vi a Cody Phoenix en el jardín y ansié su tacto.

Sus besos.

Oh, Dios mío, tal vez esa era la razón exacta por la que no había pegado ojo. No era la explosión de placer en mi centro, sino aquellos labios explorando los míos lo que me había hecho replantearme toda mi existencia.

Ya fuera de la abadía noté como alguien tiraba de mi manga. Instintivamente me llevé la mano al bolsillo donde había guardado la nota de Wendy. Aún no sabía qué pensar sobre eso, y tampoco le había dado una respuesta por escrito. Mi propia libreta estaba intacta.

Era la hermana Clarice quien buscaba mi atención.

Esos días la sentía como una sombra vigilante. Me apartó de la fila y me llevó hacia uno de los refectorios. Imaginé que me esperaba un interrogatorio surrealista, a pesar de mi compromiso con el silencio.

Pero no eran preguntas, era una orden.

Una orden clara y devastadora para mí, en el peor momento.

—Te necesito mañana en las cocinas. Toda la mañana —me dijo—. Ya han llegado las cajas con los ingredientes para los dulces de Cuaresma y la hermana Santina se ha indispuesto. Hay que colocar y disponer todo para el momento en que las hermanas empiecen a hornear.

Eché mano de la libretita que me había dado Wendy para garabatear alguna respuesta a toda velocidad, alguna excusa convincente y liberadora; pero la hermana Clarice sujetó mi mano en cuanto adivinó mis intenciones.

—No hay nadie más disponible mañana por la mañana, Ruth. Necesito que estés allí a las nueve en punto, después del desayuno y del rezo. Y no te preocupes; la hermana Margherite, la responsable de los ingredientes, está al tanto de tu voto de silencio. No esperará conversación por tu parte.

Obviamente, no tenía derecho a réplica. La hermana Clarice se dio

la vuelta y me dejó allí plantada. Me escapé corriendo hacia mi habitación, pues sabía muy bien lo que comportaba aquel repentino encargo.

Era extraño. Jamás me habían asignado la cocina. Esa no era precisamente una de mis virtudes. La hermana Margherite ya no me permitía que me acercase a los hornos del convento, pues se me habían quemado los dulces más de una y más de dos veces, tal vez porque la novela que estaba leyendo en ese momento era demasiado interesante. Eso, de hecho, me había traído alguna que otra reprimenda de la hermana Clarice, quien consideraba que leía demasiada *ficción*.

La congoja y las lágrimas se manifestaron al saber que faltaría a mi cita implícita con Cody, algo para lo que contaba los minutos.

Cogí la libreta y garabateé una nota en la que le explicaba mi ausencia, la situación en la cocina y la repentina impertinencia de la hermana Clarice, la monja a cargo de las novicias del convento.

Se la daría a Wendy y le pediría que se la llevase a Cody en cuanto se presentase en el convento al día siguiente.

Y rezaría para que todo saliese bien.

Rezaría.

CAPÍTULO 6

CODY

Cuatro días eternos sin ver a Ruth me hicieron presagiar lo peor. Y lo peor era que se hubiese arrepentido, que tal vez había expiado su gravísimo pecado y corregido de nuevo su camino.

Y ahí empezaría mi tortura. Mi pozo negro.

A pesar de que el lunes, el último día en que nos vimos, acordamos encontrarnos en el mismo sitio y a la misma hora el miércoles, ella no apareció. Había ido al convento dos horas antes para hacer mi trabajo con calma y después poder disfrutar de su compañía, contarle algo importante.

Y eso tan importante era más bien una petición, la formalización de un plan perfecto: que dejase Hawthorne y viniese a vivir conmigo.

Era demente y precipitado, es posible, pero estaba seguro de estar tomando la decisión correcta. Y esa ausencia dolorosa y repentina de Ruth en el estanque no me echaba atrás. Al menos no por el momento y no hasta que oyese esa precisa palabra: un "NO" rotundo saliendo a propulsión de su garganta. Y eso no pasaría en, al menos, tres días más.

Cuando vi que Ruth no acudía a nuestra cita me volví loco, recorrí el convento de arriba a abajo. Consideré seriamente buscar a alguna de las monjas y preguntar por ella, tal vez a su compañera novicia, o a la hermana Clarice. O a la Madre Superiora si era necesario. Pero rápidamente me di cuenta de que si hacía eso la podía poner en un serio aprieto, y más si alguien nos había visto pasear juntos.

Decidí, entonces, esperar al viernes y alarmarme de verdad si no quedaba más remedio.

Ese día llegué al estanque a las diez de la mañana y empecé a arreglar los nenúfares. Después podé unas zarzas localizadas a unos veinte metros. Ruth me vería si se acercaba. Pasaron veinte minutos. Cuarenta. Y no apareció.

Dejé las herramientas junto a la piedra de la gran fuente victoriana y empecé a dar vueltas a su alrededor, de forma inconsciente, intentando pensar con claridad. ¿Podía entrar en el edificio? ¿Con qué

excusa? ¿Me vería alguien? ¿Dónde la iba a buscar? Hawthorne era enorme.

Decidí que me daba igual lo que cualquiera pensase.

No me iba a ir a casa sin verla; sin entender, aunque solo fuese con la mirada, que no íbamos a poder estar juntos.

Fue entonces cuando vi una silueta conocida. Era ella, la novicia que la acompañaba el primer día que la vi. Corrí hacia ella a toda prisa, aunque parecía que también se dirigía hacia mí. Nos detuvimos a medio camino.

La cogí suavemente del codo:

—Necesito encontrar a Ruth.

Se llevó el dedo índice a los labios. *Mierda.* El condenado voto de silencio.

Después introdujo su mano en uno de los bolsillos del hábito y me dio un trozo de papel doblado. Lo abrí como si me fuera la vida en ello, y la mirada se fue directamente al nombre que lo firmaba con una cuidada caligrafía. *Ruth.* Era un mensaje de mi Ruth:

La hermana Clarice me ha destinado a la cocina los próximos días, por las mañanas. Quiere que ayude en la preparación de los dulces de Cuaresma. Me temo que no podré ir a verte hoy, siento que me vigila… Lo siento.

X,

Ruth

Di la vuelta a aquel trozo de papel, buscando alguna pista. No era ningún mensaje oculto y lo más probable era que aquella chica, Wendy, si no recordaba mal su nombre, lo hubiese leído. Y no sabía hasta qué punto podía sospechar acerca de lo que había pasado entre Ruth y yo.

Me daba lo mismo. Era suficiente información. Me guardé la nota en el bolsillo.

—¿Dónde está la cocina?

La novicia Wendy abrió mucho los ojos y parpadeó.

Puso de nuevo el dedo sobre sus labios. Después introdujo la mano en el bolsillo y sacó de él una libreta y un bolígrafo. Dibujo un plano a toda velocidad. Marcó con una cruz exactamente lo que yo le preguntaba: el lugar donde se hallaban las cocinas del convento.

—Muchas gracias, hermana —murmuré.

No perdí ni un segundo.

Aún faltaban dos semanas para la Cuaresma y no iba a estar tanto tiempo sin ver a Ruth. De ninguna manera. Sabía muy bien que Wendy había intentado decirme algo más, mediante gestos, antes de salir corriendo del jardín, pero no quise entretenerme más. Salí

corriendo hacia la puerta principal.

Una vez dentro, ubiqué rápidamente las escaleras que conducían hacia las cocinas situadas en el piso inferior, según el plano que me había dibujado su compañera. Recorrí varios pasillos, guiándome también por el olor a mantequilla y a fresas que impregnaba el ambiente.

Entré en la cocina. No había preparado coartada de ningún tipo por si alguien me pillaba allí, sin una justificación clara; ni podría explicar por qué tenía que ver urgentemente a la novicia Ruth teniendo en cuenta que ella, en esa semana, no debía comunicarse con nadie.

La localicé al fondo de la sala, metiendo las manos en un saco de harina.

—¡Ruth!

Solo había otra monja en la cocina a esas horas. Me observó impasible. Después supe que esa no era la cocina principal de Hawthorne, sino solo la que se destinaba a fabricar los dulces que las hermanas vendían en periodos concretos.

Me acerqué hasta ella corriendo. La mirada de Ruth se iluminó al verme. Me cogió de la mano y me llevó a una habitación anexa. Estaba forrada de estanterías, y en ellas había todo tipo de ingredientes para elaborar dulces. Paquetes de azúcar, huevos, leche, levadura… Las manos blanquecinas de Ruth, impregnadas todavía de harina, se entrelazaron con las mías.

Y entonces, habló:

—Lo sabe. No sé cómo, pero lo sabe. Es cuestión de días que me expulsen de la congregación, Cody.

—¿Cómo dices? ¿Quién?

—La hermana Clarice. Este es mi encierro particular. Esta cocina convertida en sótano.

—He llegado hasta aquí en un instante, Ruth, pero dime, ¿por qué no me avisaste antes? Te esperé el otro día junto al estanque…Fueron horas. Estaba muy preocupado.

Parecía sorprendida.

—¿No recibiste mi nota?

—¿La de Wendy?

Asintió.

—No. Me la ha dado hoy.

Ruth hundió el rostro entre sus manos.

—Es como si todo se estuviese desmoronando —dijo.

Se refugió en mis brazos. Y después buscó mi boca con avidez, atrayéndome hacia ella. ¿Estábamos seguros allí? Si alguna de las hermanas nos pillaba dudaba que permitiesen a Ruth incluso recoger sus cosas.

Mientras nos besábamos con ímpetu, como si quisiéramos

recuperar el tiempo que nos habían robado desde hacía dos días, pensé que Ruth había recuperado el habla. Había dinamitado su voto e, intuía, ella misma haría el camino de salida de aquella sacrosanta institución.

—Me encanta oír tu voz de nuevo —le dije.

—Y a mí la tuya.

Mis manos ya se dirigían al lugar exacto al que ella las arrastraba, debajo de su falda. Pero antes de eso necesitaba que tuviese muy claras mis intenciones.

Cogí su rostro entre mis manos.

—Quiero que vengas conmigo, Ruth. A casa. Quiero sacarte de aquí.

Noté cómo su respiración se aceleraba porque su pecho subía y bajaba. No iba a poder alcanzar su sexo si no le quitaba aquel pesado hábito que se sentía ya como una losa. Localicé una cremallera escondida en un lateral. La deslicé, buscando la piel de la novicia.

Introduje la mano debajo de la tela y desabroché el sostén, justo antes de bajarle la parte superior del hábito, que se quedó enrollado en su cintura. Ella ya se había desprendido del delantal. Un súbito calor me invadió, una sensación de pérdida de control total. Estábamos en un almacén de alimentos y yo no veía ninguna posibilidad de frenarme, de recapacitar, de aguardar unas horas o unos días hasta que Ruth estuviese por fin liberada de aquellos muros.

Pero sentía que habían intentado arrebatármela. Y no iba a consentir nada parecido.

Cuando sus pechos estuvieron desnudos delante de mí, me detuve solo un instante para admirarlos. No podía hacer otra cosa que levantar mi mano y ahuecar aquellas deliciosas tetas.

Mi pulgar acarició sus picos erguidos y solo bastaron unos segundos para que Ruth empezase a jadear. En ese instante me incliné para introducir uno de sus pezones en mi boca. Me sorprendió su tamaño, era como una cereza. Lo deslicé sobre mi lengua y succioné. Sus manos apretaron mis brazos, sentí cómo sus uñas se clavaron en mi piel. *Es mía,* pensé. *Por fin*.

No me detuve ahí. Por supuesto que no. Ruth se deshacía en mis brazos, estaba receptiva. Me preocupaba que no estuviera cien por cien cómoda, allí, con la espalda apoyada en la estantería. Pero yo no podía esperar más para hacerla mía, con todas las consecuencias.

Dibujé un camino de besos sobre sus pechos y a lo largo del cuello y le susurré en el oído:

—¿Estás lista para mí, Ruth? ¿Estás mojada?

—¡Sí! —exclamó ella.

—Ven aquí. Apoya la espalda contra esa puerta, así quedará bloqueada. No quiero que nos sorprendan.

Metí de nuevo la mano debajo de su falda y tanteé el elástico de sus bragas. Las deslicé entre sus muslos. No, no mentía, claro que no. Estaba muy mojada. La acaricié de nuevo allí mismo, y sus ojos se pusieron en blanco.

Ruth se empujaba más y más contra mi mano, aumentando la fricción justo donde ella quería y necesitaba.

—Por favor, Cody…—me suplicó.

CAPÍTULO 7

RUTH

Era sorprendente lo fácil que era todo teniendo en cuenta la tormenta que llegaría después.

Abandonarme en sus brazos como si la hermana Margherite no nos hubiese visto meternos en el almacén, aislarnos de la opresión de los muros y deslizar por fin nuestras manos por debajo de la ropa.

Me deshacía entre sus dedos, esa era la realidad. Y la emoción casi me colapsó cuando me propuso abandonar Hawthorne de su mano.

Sí.

Sí y mil veces sí.

Cody me levantaba la falda, buscando ansioso mi sexo. Supuse que debería estar nerviosa. Era la primera vez que estaba con un hombre, algo que nunca imaginé que fuera a suceder. Hasta que lo vi en ese dichoso jardín, agazapado junto a las rosas.

Mi ropa interior había desaparecido de la escena. Mi faldón ya estaba hecho un lío en mi cintura.

El jardinero me abrió suavemente con los dedos, tanteando mis profundidades.

Entonces lo hizo. Cogió un bote de una de las estanterías con la mano que le quedaba libre. Se apartó de mí un instante y lo abrió. Escuché el "cloc" del vacío. Era un tarro de arándanos, enormes y jugosos, listos para los dulces de la Cuaresma.

Cody cogió un arándano y lo llevó a mi entrepierna. Lo aplastó directamente sobre mi sexo. El jugo de la fruta me goteaba entre las piernas, tiñendo mi clítoris hinchado y desesperado, y mis muslos, ya resbaladizos.

Me abandoné.

Perdí el control.

Sabía que me quedaban horas en aquel sitio, que jamás podría acercarme de nuevo a Hawthorne y que me convertiría en la hereje, en la innombrable. Y que la Madre Superiora agradecería a Dios haberme apartado de su camino.

—Lámelo —gemí—. Oh, Dios mío, lámelo. Por favor.

—Lo haré.

Sus dedos gruesos frotaron lo que quedaba del arándano sobre mi sexo. Cody se arrodilló, mientras me sujetaba con una mano para que mi espalda mantuviese la puerta bloqueada.

En aquel momento y a pesar de su evidente atractivo, Cody se había convertido en un hombre primitivo, hambriento. *Confía en mí, Ruth*, susurró.

Lo hacía, por supuesto que confiaba en él.

Y aún así dejé escapar un grito de sorpresa cuando su lengua se hundió entre mis piernas. Porque el jardinero me estaba devorando. Apretaba mi culo contra su cara como si nunca hubiese probado un manjar semejante.

Su barba de tres días rozaba la parte interna de mis muslos. Hacía ruido mientras me comía, mientras se aseguraba que ni un solo milímetro de mis centros de placer quedase desatendido. Gruñía mientras se saciaba. Noté como sus manos me elevaban, agarrándome por los glúteos. Como si levitara.

—Ruth —su voz profunda y cavernosa vibró.

Dejé escapar un suspiro.

—¿Sí?

—Voy a meter mis dedos para que aumente el placer. ¿Está bien? Puede doler un poco al principio, pero nos lo pondrá más fácil si alguna vez quieres…si quieres…

Díos mío, ayúdame aunque me haya apartado de tu senda.

—Hazlo —contesté.

Traté de mover mis caderas para amoldarme mejor a cada uno de sus avances, pero Cody me sujetaba. Su cara estaba tan cerca de mí que sentía cada exhalación, cada vez más aceleradas.

—Ábreme para ti —le dije—. Prepárame, Cody.

Gimió de nuevo.

—Oh, dios, Ruth. No sé si esto es una buena idea. Eres…

—Por supuesto. Por supuesto que nunca he estado con ningún hombre, Cody. Te esperaba a ti sin saberlo.

Dejó escapar un suspiro.

Se incorporó de nuevo. Los jugos liláceos del arándano resbalaban por su barbilla, mezclados con los míos. De repente era como si se hubiese bloqueado. Y yo no estaba dispuesta a interrumpir aquello. Me sentía incompleta en ese momento. Quería que él *me completase.* ¿Por qué se detenía justo en ese momento?

Hurgué ansiosa en la cremallera de su pantalón y la bajé de golpe. Palpé su miembro endurecido. Nunca había visto un pene, pero sabía de su funcionamiento a la perfección; pues mi vida monástica era demasiado reciente. Había leído al respecto, había hablado con mis amigas cuando estudiaba. Sabía qué eran aquellas bolsas calientes que pendían justo debajo, cargadas con sus propios jugos.

Lo saqué del pantalón.

Era enorme.

¿Ese tamaño era normal? No me atreví a preguntárselo.

Cody contempló la preocupación en mi rostro, enrojecido y excitado. Lo rodeó con sus manos pegajosas y movió su mano arriba y abajo, lubricándolo con sus propios jugos.

—Cariño. No te preocupes. Seré extra cuidadoso. No pasará nada. ¿Me entiendes ahora? Por eso quería…

Asentí.

—Puedo con ello —contesté.

—Ruth. Sé buena. No tenemos prisa.

Iba a contestar que de hecho sí la teníamos. Si tardábamos mucho más en salir de allí todo llegaría a oídos de la Madre Superiora. Supongo que Cody había sopesado las consecuencias de irrumpir en las cocinas y encerrarse en el almacén con una de las novicias. Iba a perder su trabajo. Era consciente de ello, estaba segura. Y a pesar de todo el caos que íbamos a desatar, seguíamos adelante, arrancándonos gemidos el uno al otro.

Puso su polla entre mis piernas y la paseó entre mis muslos resbaladizos. Aquella fricción me estaba matando, me hizo creer que podía albergar todo aquel miembro en mi interior. En toda su dimensión.

Cody la empujó.

Dolió.

Solo al principio. Después paró. Esperó a que mis ojos se abriesen de nuevo.

La presión era deliciosa.

Cody era paciente.

Empujó medio centímetro más.

No podía creer como mi cuerpo se iba amoldando a él a cada segundo.

—Ruth. ¿Estás bien? ¿Te duele?

—Estoy bien. Más. Por favor. Es muy grande…pero me gusta.

Gruñó en señal de aprobación. Me encantaban esos sonidos, tímidos y guturales al mismo tiempo. Pasarón dos o tres minutos y el enorme miembro de Cody ya había llegado al final del camino. Me levantó en peso y mi cuerpo recaló sobre la puerta del almacén.

—Descansa —me dijo—. Y disfruta. Yo me ocupo de todo.

Cody empezó a follarme, levantándome a pulso por los glúteos. Encontramos la posición perfecta y entendí rápidamente que solo podría disfrutar de verdad si hacía lo que me decía. Descargar todo mi peso sobre sus manos.

Mis piernas, sin embargo, no se libraron del temblor. Notaba mi rostro encendido, ardiente. Sudoroso. El jardinero me ensartaba una y

otra vez. Me concentré en el extremo placer que sentía cada vez que estaba abajo.

—¡Cody!

Separó una mano y la dejó caer con cierta fuerza sobre la carne de mis muslos. La palmada me escoció. Y me encantó. Giré la cara y busqué el tacto frío de la puerta con la mejilla izquierda. Estaba totalmente estremecida, casi gritando, era imposible que la hermana Margharite no nos estuviese oyendo, si es que no había salido corriendo de allí hacía un buen rato y alertado a las autoridades.

Noté como Cody se hinchaba dentro de mí, Maldecía entre dientes, protestando porque no iba a *poder aguantar mucho más*. Ese susurro despertó por fin mi oleada de placer, que me recordó a la del sueño y a la del cobertizo; solo que parecía multiplicarse por mil. Me quedé unos instantes flotando en el éxtasis. Noté como Cody contenía un grito, y un segundo después me inundaba con chorros de calor húmedo.

Hundió su rostro junto a mi cuello. Pasaron unos minutos hasta que recobramos el aliento.

—¿Cody?

Se retiró despacio. Era como si quemase, a pesar de que su polla volvía poco a poco a su —considerable— tamaño normal.

—Despacio, Ruth. Tranquila. Puede que te duela un poco. Deja que cuide de ti, ¿de acuerdo?

Asentí.

Me refugié de nuevo en el silencio, por primera vez convertido en un espacio seguro. Mientras Cody y yo nos recomponíamos, yo mi hábito de novicia, él su mono de jardinero, calculábamos el siguiente paso que debíamos dar.

Lo dimos enseguida.

Porque fuera nos esperaba la hermana Clarice, con la cara descompuesta.

Observó de arriba a abajo a Cody. Mi jardinero había pasado por alto un pequeño detalle antes de abrir la puerta de la despensa:

Su ropa estaba cubierta de harina.

CAPÍTULO 8

CODY

Daba vueltas por la parte trasera del jardín de Hawthorne como un león enjaulado, obligado a trabajar en un circo. *Los animales no deberían trabajar,* pensé en ese momento, tal vez como mecanismo de supervivencia, pues no podía apartar de mi mente a Ruth y la severa reprimenda que estaría recibiendo mientras, con toda probabilidad, recogía sus cosas.

La hermana Clarice había sido fulminante.

Literalmente la arrancó de mis brazos. La cogió de la mano y la sacó de aquella cocina. Se la llevó escaleras arriba mientras otra monja, Margherite, una mujer fuerte y recia, me hacía un contundente placaje. Decidí entonces que lo más prudente era conservar la calma; no usar mi fuerza después de lo sucedido. O al menos intentarlo.

Solo me tranquilizó la voz de Ruth mientras se la llevaban:

—¡Volveré enseguida! —gritó, dinamitando el último de sus votos —. ¡Espérame!

Por supuesto, no me iban a permitir esperarla dentro del edificio que acabábamos de mancillar.

Pero habían pasado dos horas y Ruth no salía de allí. Es decir, estaba claro que tenía que volver a entrar. Porque esperé, llamé a la puerta, traté de hablar con alguna de las hermanas. Y no sucedió nada. Se habían encerrado en aquel edificio, como si de repente hubieran decidido sellarlo y que no entrase dentro ni un resquicio de realidad.

Observé las ventanas desde el jardín, buscando algún sitio por el que trepar, por el que colarme allí dentro. Porque estaba claro que la estaban reteniendo contra su voluntad. Y no lo encontré. De repente era como si aquel sitio se hubiese convertido en un fortín y yo el enemigo al que disparar desde las almenas.

Pero no desistí.

Llegó la noche, y también el día siguiente, y allí seguía, en la puerta de Hawthorne.

Esperando.

En algún momento tendrán que abrir y dejarme verla, pensé.

A la mañana siguiente, al despertarme con los primeros rayos del alba, sentí el rugir de mi estómago. Fui consciente de que no había comido nada en las últimas veinte horas. Recordé entonces el sabor del arándano entre las piernas de Ruth.

Me dirigí al fondo oeste de los jardines de Hawthorne, donde se hallaba el huerto de las monjas. Entre mis tareas no estaba cuidar de esa zona, ya que varias hermanas se ocupaban de los cultivos.

Me acerqué a las tomateras y cogí dos hermosos tomates. Después los limpié en una de las fuentes y los devoré. Sabían a corrupción y a encierro. Me dije a mí mismo que no me iría de allí hasta que Ruth atravesara aquel portón medieval.

Fue entonces cuando vi a la figura negra detrás del huerto, junto al muro de piedra que rodeaba el convento y que salvaguardaba el difuso honor de las monjas de Hawthorne.

Era una de ellas.

Una hermana grande y vieja, con manos rugosas como las mías. Observaba algunas de las plantas que yacían a sus pies. Supe enseguida de qué especie se trataba.

Me acerqué con mucho sigilo. Era la primera de las hermanas que veía desde que me expulsaron de las cocinas.

Cuando estuve a su lado, justo detrás de su hombro, observé la decrepitud de la planta maltrecha.

—*Dionaea Muscipula* —dije.

Una planta carnívora.

Ese era el nombre real de aquella flor extraña y devoradora.

La monja se giró.

Entonces la reconocí. Solo la había visto una vez, hablando con Sam el día que él me trajo hasta el convento y me detallaron mis tareas. Mi primer día.

Era la Madre Superiora.

—Mis plantas carnívoras…están enfermas. Me temo —anunció.

Eché un rápido vistazo a las plantas.

—Lo sé.

—¿No habías llegado aún hasta aquí? —me preguntó.

En un principio no entendí qué me preguntaba. No tenía ganas de hablar con aquella mujer sobre nada que no fuese la liberación inmediata de Ruth.

—Eres el nuevo jardinero, ¿no?

—Así es, señora.

—Madre. Dime, ¿cuántas horas llevas rondando este jardín?

—Muchas, Madre. Estoy esperando a Ruth Wilson. La puerta está cerrada a cal y canto y necesito que me dejen entrar a buscarla. No entiendo qué está pasando, por qué no la dejan marchar…

La monja exhibió una siniestra sonrisa.

—Muchas horas. Bien. Y aún así no habías visto que esta planta estaba enferma.

—Me dijeron que no debía acercarme al huerto en el que las hermanas cultivan sus hortalizas. Que ellas se ocupaban de eso.

—Sin embargo las *dionaeas* no están en el huerto. Tal vez ha estado muy…ocupado en sus visitas a Hawthorne, señor Phoenix.

Me arrodillé junto a la planta y observé el tallo. Una de las flores reaccionó a mi tacto. Había un pequeño parásito en uno de los tallos. Busqué unas pinzas en mi cinturón de herramientas y lo extraje.

—Puedo solucionarlo —le dije. Señalé otra zona a unos diez metros —. Solo hay que transplantar. Lo haré ahora mismo. Puedo moverlas allí. Nunca debieron estar aquí, de hecho. Esta zona es demasiado húmeda. Pero lo haré a cambio de que deje marchar a Ruth Wilson. Se irá conmigo hoy mismo, en cuanto cure a su planta carnívora.

Señalé otra zona del muro, una que recibía algo más de luz.

—O tal vez allí…

La Madre Superiora me observó.

Inclinó la cabeza, como si me estudiase.

—¿No has pensado que, tal vez, ella no quiere irse?

—Madre, sabe muy bien que Ruth ya no puede quedarse en Hawthorne. Ha roto sus votos.

—No puede romper algo con lo que aún no ha entrado en contacto.

—Nuestro amor es real.

La monja abrió mucho los ojos.

—¿Vuestro amor?

—Exacto. Nuestro amor.

Hundí una pala en la tierra, buscando la raíz de las *dionaeas*. Trabajé en silencio mientras la monja me observaba con su mirada fría e impenetrable.

—Es usted osado, señor Phoenix. Haremos una cosa. En cuanto terminé de curar mis pequeñas plantas carnívoras, de trasplantarlas, pediré que abran el portón de Hawthorne de par en par. Usted ya no puede entrar, ni tampoco regresar aquí. No es bienvenido. No es seguro para las religiosas de mi congregación. Supongo que no se da cuenta de la gravedad de los hechos que acontecieron ayer en las cocinas. Aún así, estoy dispuesta a extraer a la manzana podrida, de la misma manera que usted ha extraído ese parásito. Si Ruth Wilson quiere marcharse con el jardinero, encontrará las puertas abiertas de par en par.

Asentí.

—Me parece justo.

No iba a discutir con ella. Solo quería tomar a Ruth de la mano y

marcharnos lejos, muy lejos.

Me afané en curar aquel vegetal enfermo. Revisé cada uno de sus tallos y sus flores.

Cuando me levanté, la Madre Superiora había desaparecido.

CAPÍTULO 9

RUTH

Me limpié las lágrimas por enésima vez. Contemplé mi bolsa de viaje, preparada junto a la puerta desde hacía demasiadas horas. No entendía por qué la hermana Clarice me había encerrado en mi habitación. Ni siquiera aprecié nunca que hubiese una cerradura en esa puerta. ¿Ese era mi castigo? ¿Quiénes eran realmente aquellas monjas?

Había recuperado los vaqueros, las zapatillas y la camiseta con la que llegué a Hawthorne. Por suerte no me había deshecho de ellos. Contemplé mi figura en el espejo del baño. Recordé a la Ruth de antes de llegar al convento. Profundamente herida e infeliz. Y se había convertido en una mujer cuyo lugar estaba muy lejos de allí.

Me habría marchado aunque Cody Phoenix no se hubiese cruzado en mi camino, me dije.

La ventana de mi dormitorio daba al claustro en lugar del exterior del convento, por lo que no podía ver nada de lo que sucedía en el exterior. Mi pensamiento estaba con Cody, indiscutiblemente.

¿Seguiría esperándome?

Entonces oí la cerradura.

Alguien estaba tratando de abrir la puerta. Instintivamente, agarré mi bolsa de viaje con las poquísimas pertenencias que había conseguido reunir.

La puerta se abrió.

—¡Wendy!

La abracé.

Ella siseó.

—El portón está abierto —me dijo—. Todo apunta a que te van a dejar marchar.

—¿Cómo? ¿Habían cerrado el portón?

—Nos reunieron en la abadía ayer antes del almuerzo. Nos dijeron que había una amenaza externa, que debíamos clausurar Hawthorne hasta nueva orden. Orden directa de la Madre.

Wendy se quedó mirándome.

Mi pelo.

Mi melena liberada por primera vez dentro de aquellos muros.

Cogí sus manos y las besé.

—He de irme, Wendy. De inmediato. Debo reunirme con Cody.

La novicia suspiró.

—No sé qué ha pasado, Ruth. No tengo la menor idea. Pero supe enseguida que Clarice estaba desplegando alguna de sus artimañas cuando no te vi en el comedor. Intenté venir a verte, dos veces. Y me encontré la puerta del pasillo del ala este cerrada.

—¿De dónde sacaste la llave?

—Del despacho de Clarice.

La abracé de nuevo.

—Debes irte ya, Ruth. O me meterás a mí también en problemas. No sé qué has hecho exactamente, pero todo el mundo tiene ya claro que este no es tu sitio. La Madre está hablando con Clarice ahora mismo, en su despacho. ¡Vete, por lo que más quieras! ¡Corre!

La abracé por última vez.

—¿No vienes conmigo? —exclamé mientras bajaba a toda prisa por la escalera.

Me giré para ver a mi compañera por última vez.

Wendy se llevó el dedo a los labios, recordándome nuestro voto de silencio dinamitado.

Salí corriendo por la puerta principal de Hawthorne, abierta de par en par. Conducía al camino de grava que atravesaba el jardín hasta llegar hasta la verja exterior. No tenía ni idea de hacia dónde dirigirme. Solo corría con mi bolsa, huía antes de que me viese alguna de las hermanas.

Al fondo del sendero vi una figura masculina. Estaba de espaldas a mí y también caminaba hacia al exterior.

—¡Cody! —grité.

Él se giró.

Corrió hacia mí y en cuanto vi que aterrizaría entre sus brazos di el mayor salto de mi vida.

—¿Ya te ibas? —le pregunté, estrellando mis labios contra los suyos.

Había un rastro de lágrimas en su rostro embrutecido por la tierra del jardín. Una lágrima lo había limpiado. Recorrí ese camino con la punta de mi lengua.

—La Madre Superiora me prometió que abriría la puerta principal. Lo hizo. Me dijo también que si realmente querías marcharte tú misma la atravesarías. Esperé un par de horas y no te vi. Pensé que…habías cambiado de opinión.

—Cody, me encerraron. Clarice me encerró en mi habitación. Me dijo que estaría allí dentro hasta que reflexionase, hasta que tuviese una seria conversación con la Madre.

Vimos dos figuras inmóviles en la puerta de Hawthorne, que ya se sentía a kilómetros de distancia a pesar de que no habíamos abandonado sus dominios.

—Vámonos ya de aquí —me dijo Cody.

—Nos vamos. Me voy contigo, pero…¿dónde?

Cody me besó justo antes de atravesar la verja.

No importaba.

Iría con él a cualquier sitio.

Su mirada de felicidad y el rastro de esa lágrima fueron mi respuesta. Todas las respuestas que necesitaba.

EPÍLOGO

Un año después

RUTH

—*Dionaea*…—dije en voz alta, a pesar de que estaba sola en casa.

Por alguna razón recordaba el nombre oficial de aquella planta que Cody había trasplantado ya en nuestro jardín, en la que ahora era nuestra casa, según me repetía a menudo. La planta había crecido fuerte y lozana, y ahora teníamos a una de sus hijas también dentro de casa, junto a la ventana de mi escritorio.

Acaricié sus flores y estas reaccionaron.

—Mi pequeña planta carnívora…

Oí la puerta y el corazón me dio un vuelco. Ese ruido siempre me sorprendía, aunque sucediese todos los días a la misma hora, exactamente en el momento en que Cody regresaba a casa.

Tomé de nuevo el lápiz con el que había estado jugueteando. Con él acariciaba las flores mordedoras de la *dionaea*.

Cody se abalanzó sobre mí.

—No te acerques mucho. Huelo mal.

Me reí.

—Pero si eres tú el que se acerca. Además, tú jamás hueles mal.

—¿Qué tal el día? —me preguntó.

—Productivo. He memorizado dos temas enteros. Y he terminado de leer una novela obligatoria.

—Bien, cariño.

Cody me había animado a retomar los estudios, así que opté por la literatura, aunque fuese a distancia. *Escoge lo que te señale tu corazón,* me había dicho. Y lo que este me dictaba y me recordaba cada mañana, cada vez que tenía un rato libre, era mi pasión por los libros. Deseaba ser profesora, estar rodeada de libros y niños…hasta que tuviese los míos propios.

Algo que, según había acordado con Cody iba a esperar un poco más. Al menos hasta que terminase mis estudios.

Cody se desvistió y se metió en la ducha, siguiendo su milimétrico ritual. El mismo que repetía todos los días desde que trabajaba como

jefe de jardineros en la mansión de los Bellevue.

—No vas a creer a quién he visto en el pueblo —me dijo mientras se secaba con la toalla.

—A quién.

—La verdad es que dudaba sobre si decírtelo o no.

—¡Suéltalo ya!

—A Wendy.

—¿Cómo?

—A Wendy Sullivan. Resulta que trabaja como camarera en el restaurante de Tim Billingham.

Di un salto en el sofá.

—¿Quéeee? Oh, ¡qué fuerte! ¿Estás seguro de que era ella?

—Segurísimo. Tal vez deberíamos ir a cenar allí una noche y saludarla.

—Iremos. Buena idea. Me alegro tanto de que haya salido de Hawthorne… Aquel no era su sitio. De hecho, era menos su sitio que el mío…

—Básicamente porque no era capaz de mantener el pico cerrado durante seis días —apuntó Cody.

—¡Entre otras cosas!

Mi flamante marido se acercó a mí y me abrazó. A veces me despertaba y no podía creer que estuviese allí, entre sus brazos, lejos de los muros de Hawthorne. Mi vida había cambiado tanto en tan poco tiempo…

Y sin embargo nunca dudé que todo saldría bien. Que lo que había sucedido en aquel jardín, en aquella cocina, iba a unirnos para siempre. No tenía una bola de cristal. No podía adivinar cómo sería nuestro futuro. Solo sabía que Cody seguía siendo mi *para siempre*.

Estiré el lápiz con el que había estado subrayando una vieja edición de *Sueño de una noche de verano* y lo acerqué de nuevo a la planta carnívora.

—¿Sabes qué? Me alegro de que se haya recuperado —me dijo Cody.

—¿La planta?

—Sí. Llegó enferma.

—¿De dónde?

—Nunca te lo conté, pero rescaté esa planta de los dominios de Hawthorne. Pertenecía a la Madre Superiora. Me pidió que la curase a cambio de permitir que te marcharas.

Parpadeé.

—¿Es eso cierto?

—No solo es cierto si no que nunca la transplanté. Guardé el tallo con sus raíces entre mi pantalón y el cinturón de herramientas. Y después huimos.

—¿Robaste la *dionaea* de la Madre Superiora?

Cody se encogió de hombros.

—Jamás se hubiese recuperado en aquel jardín. Había una humedad extraña. Casi tóxica, me atrevería a decir.

Eso era cierto. Los jardines de Hawthorne se habían convertido en una especie de selva caótica e inexpugnable. La Madre Superiora jamás permitió que regresara otro jardinero a cuidar de sus plantas. Encargó a las hermanas que estudiasen botánica, que se encargasen ellas mismas. Al menos eso era lo que se decía en el pueblo.

Allí nadie me conocía como la novicia lujuriosa que mancilló el convento y después huyó con su amor. Aquello era solo una leyenda urbana que nadie terminaba de creerse.

Cody se estiró en el sofá y abrió los brazos para que yo me refugiase en ellos. Coloqué la mejilla sobre su pecho y oí los latidos de su corazón. Estos se aceleraban unas décimas de segundo cuando yo estaba cerca y eso me hacía feliz. Nunca se lo había dicho. Lo besé. Y volvió a acelerarse un poco.

***

¿Quieres más romances prohibidos? Echa un vistazo al resto de entregas de esta serie aquí.

*****

Si deseas estar informada sobre mis próximas publicaciones, apúntate a mi newsletter haciendo clic aquí. Recibirás un email cuando publique una nueva historia. ¡Nada de spam, prometido!

*****

Puedes contactar conmigo y seguirme a través de Facebook e Instagram (@elsa_tablac); o bien haciendo clic en “seguir” en mi página de autora de Amazon, donde podrás ver todas las historias disponibles hasta la fecha.

¡Gracias por la lectura!
XXX,
Elsa

¿Quieres leer más mininovelas románticas?
¡No te pierdas mis series de relatos!
Todas las entregas son historias autoconclusivas e independientes y las puedes leer sueltas o en el orden que prefieras.

Millonarios de Manhattan
Millones de razones
Docenas de rosas
Altas dosis de protección
El yate del deseo

No deberíamos
Algo atrevido
Algo arriesgado
Algo temerario

Hotel Paradiso
Las vacaciones que necesito
El océano que nos separa
El millonario que me espera
El náufrago que la sedujo
La estrella que se esconde
El detective que me sigue
El heredero que regresa
El mafioso que la reclama

Serie MINIS
Todo por un anillo (Minis #1)
Todo por una entrevista (Minis #2)
Todo por una tormenta (Minis #3)
Todo por una aventura (Minis #4)
Todo por una película (Minis #5)

Oficina WonderBooks
Lejos de su ambición
Cerca de tu mesa
Fuera de mi alcance
Hasta que fue inevitable

Las hermanas Alcott
Su eterna promesa
Su eterna presencia

Pasión sin fronteras
El turco
El profesor de inglés
La reportera
Mercurio retrógrado

Los hombres de la montaña
A ocho metros del leñador
A cinco minutos del guardabosques

Título independiente

La huida de Bella